LOS FILISTEOS JUEGAN CON FUEGO

(Accésit del Premio Rafael Morales 2000)

El Jurado compuesto por Joaquín Benito de Lucas, Ángel García López, José Hierro, Jacinto López Gorgé y Carlos Gil, Concejal de Cultura, como presidente, otorgó a este libro el Accésit del Premio Rafael Morales 2000 en su XXVI convocatoria realizada por el Excmo. Ayuntamiento de Talavera de la Reina (Toledo).

Salustiano Martín

LOS FILISTEOS JUEGAN CON FUEGO

LXXXVII
COLECCIÓN MELIBEA
Talavera de la Reina
2001

ÍNDICE

pág.s.

I. ***El lugar del poema*** 11

"Cuestión de empinamiento" 15
"De poética patología" 16
"Arqueología de poema" 17
"Los barrenderos somos unos genios" 18
"Problemas con el serrín" 20
"Si fueras extranjero entre los tuyos" 22
"Nostalgia de la luz" 25
"Escarmienta en cabeza ajena" 26
"Lo demás" 27
"Tu ignorancia" 28
"Te alejas para poder oír" 30
"El presente no puede librarse del pasado" 32
"Sus huellas a mi lado" 34
"Desde su altura" 36
"El filo del cristal" 38
"Un poema es una cosa seria" 40
"Tú te enterarías" 42

II. ***Los filisteos juegan con fuego*** 45

"Otro país" 49
"En la biblioteca" 50
"Si tú estás muerto" 52
"Soy leyenda" 54
"Lo que es peor" 56
"Que ya no existe" 58
"Amarrarlo y que sufra" 60
"Desconfía" 61
"Los filisteos juegan con fuego" 62
"Que te delata" 63
"Episodio postmoderno" 64
"Preguntas sobre las arañas" 65
"De una historia repetida" 66
"Inocencia del deseo" 67
"Qué decir de los seres humanos" 69
"A duras penas" 71
"Un fantasma recorre Europa" 74
"Veintinueve" 77
"Veinte años" 80
"No supimos verlo" 83
Fechas 85

Para María José,
que me acompaña.

Para mi hija Ana,
que no sabe lo que la espera.

En memoria de
Nicos Poulantzas y
Louis Althusser.

"Las víctimas estorban mucho"

José Antonio Marina

I

EL LUGAR DEL POEMA

"¿Cómo puedes dejar que tus palabras
te mientan y te olviden y te pudran?"

Mario Benedetti

Cuestión de empinamiento

Aquel poeta,
cuando joven,
quiso cambiar el mundo.

Luego, creció:
insigne
fue su boca:
alzada
sobre una barba patriarcal,
y hacía
grandes descubrimientos:

que el poema era sólo
un hecho del lenguaje,

que sólo en él está su referencia.

Engolaba la voz para explicarnos
esa verdad sagrada.

Así entendía
la consistencia del discurso:

una cuestión
de empinamiento.

De poética patología

Querían ser eternos,

no depender
de tiempo alguno:

sus palabras los ocultaron
a la mirada ajena.

No supimos
quiénes eran,
de dónde
su dolor,
o por qué
gozo sutil nos sonreían.

No hubo nadie que fuera
capaz de comprender

de qué hablaban.

Arqueología de poema

Insistieron con sutil energía
hasta quedar exánimes.

Pacientes, trocearon las palabras:

no había puertas
ni ojos de buey que permitiesen
percibir el latido
de aquel objeto sin fisuras.

A ciegas derribaron varios muros,

sin saber hasta qué profunda sima
tendrían que excavar.

Sólo un hueco
los recibió con su sombra,

de donde acaso un aire pudo
fluir al fin con tosco

ruido.

Los barrenderos somos unos genios

"Acabo de regresar de Madrid, y he visto que allí
los barrenderos son genios. Se notaba por cómo
realizaban su trabajo. Bien se veía que aquellos barrenderos
representan una sociedad futura."

Joseph Beuys (1966)

Hace frío.
Brillan
las aceras con una fina capa
de hielo.
Hace mucho
frío.
Camino despacio, trato
de no resbalar.
Amanece
con un dolor
en la cadera.
El aire
filtra su aguja puñetera contra
las rodillas.
Qué sucia
está la calle bajo la luz
sucia que empieza
a despuntar.
Los barrenderos
son unos genios, ha dicho Joseph
Beuys.
Qué cerdo.

Trato
de mover el escobón.
No
siento los dedos.

Somos
estupendos, qué modo de
acarrear basura.
Lo hacemos
con un estilo que anuncia
evidentes progresos
artísticos, representamos
la sociedad futura.

Aquí
me gustaría ver a ese
cabrón.

Con este reúma.

Problemas con el serrín

Sería tan sencillo exponer
la frente del cristal,

la luz cayendo oblicua
sobre una larva de serrín
que atrae pájaros sin plumas.

Leer en el espacio
fisuras que no tiemblen bajo
el corazón,

grietas que enuncien una escena
vacía.

Quienes pueden,
parecen orgullosos de esa voz
que no los compromete,

levantan sus mentones
como si hubieran hecho
la hazaña más feliz.

Sería tan sencillo
imitar la destreza con
                que imitan.

Te bastaría
con negar
        la memoria de los tuyos,

ese dolor que siguen soportando.

Los huesos que sostienen tu esperanza.

Si fueras extranjero entre los tuyos

Con tal que no
exista tras la puerta
de las palabras,
                puedes
hablar de lo real
en tus versos.

                Con tal
que el pan que mencionaras
no lo hubiera partido alguna mano
con hambre de molledo,

con tal que lo hayas visto
pintado en Lucas Cranach,

tendrás su bendición.

Si tus dolores
son sólo una añagaza
estética, y no tienen
un resplandor agudo

que proceda del aula
o de la calle,

y si puede
decirse que tañían en la luz
oscura de un poema
de Trakl,

y si tú los rescatas
para anunciar la estéril
compasión de los muertos
no inscritos en registros
civiles:

los verás
aplaudirte.

Con tal que tú
te escondas tras su entraña,

con tal que no haya entraña
que esconda a quienes viven
a tu lado,
con tal
que no haya lado:

si te callas
la voz que alumbra
tu esperanza:

tu padre
te mirará de frente y no podrá
reconocerte,

ni tu madre
recordará las noches
del niño que acunó.

Serás sólo un extraño,

y tal vez lleves varias
medallas sobre el pecho.

Nostalgia de la luz

"Vana es la palabra del filósofo si no alivia
el sufrimiento de los seres humanos."
Epicuro, fr. B54

Qué habría sido de nosotros

si no hubieran alzado sus palabras
los poetas que no nos asistieron
en el dolor de la caída;

qué si no nos hubieran pervertido
con sus grandes coturnos.

Si no hubieran estado
latiendo entre nosotros

aquellos exquisitos que no hablaban
de la sed y del hambre, de la angustia
de las bocas sin sueños,

qué le habría afligido
de más a las mujeres y los hombres
que fueron sus hermanos.

De qué sombrío calabozo
seríamos aún los huéspedes.

Escarmienta en cabeza ajena

A menudo el poema nace muerto

sin que pueda el poeta
levantar una sola
palabra que palpite,

sin que vibre en su voz
algún latido humano.

No te sumes a esa
procesión de cadáveres.

Lo demás

Lo que escribes acaso
pueda cambiarte, pueda

cambiar a alguna
de las sombras que viven
al otro lado de tus dedos.

Hay sólo esta certeza:
ningún poema sabe
luchar contra la muerte.

Tal vez pudiera
buscar algún alivio al ser humano
que padece en sus sienes
tullidas o en sus ojos
cegados o en su pecho
o en sus desesperanzas.

Las demás ilusiones
son bocas de tu orgullo, sólo ganas
de querer engañarte.

Tu ignorancia

Recuerdas
aquella noche en que creíste
haber reconocido
la razón de tus pasos:
la fuente del poema
                que escribías.

Tratabas de esconder en ese hueco
tu voz, como si sólo
en su reducto palpitaran
la luz
        o la tiniebla.

Has sufrido en tu carne
desde ese día, has visto
cada mañana la amargura
también en otras bocas, has gozado
con la misma pasión.

                Ahora sabes
qué vana la existencia

si no fuera posible
que la vida durara

más allá de estas líneas

que acaso no construyen
otro fruto feraz que ese
                que ignoras.

Te alejas para poder oír

Has intentado subsistir
como predican sus costumbres,

representar el baile que tocaban,

hacer como si fueras
tú también de su estirpe.

Pero al fin no has podido
callar como si nada
sucediera:

por eso
te alzas despacio detrás de los focos
sin hacer ruido alguno,

sin mostrar en qué dirección se mueve
tu razón:
tus heridas;

sin mostrarles herida alguna
que anuncie tus pasiones:

has comprendido que no hay sitio
junto a su excelsa algarabía
para tus manos asediadas,

que tú no quieres
dejar de oír la voz que te despierta
de las heridas de los otros:

no podría sonar en ese
alzado escaparate.

Caminas sin volver la vista
atrás, recuestas
la calma que te urge
en las paredes del hogar:

escuchas
en el silencio los latidos
que exhalan tus raíces.

El presente no puede librarse del pasado

Está ya todo dicho.

Cómo
hablar en este mundo
de sagradas ruinas.

Articula "cabello", no conocen
de qué telar proviene
su palabra, y ya todos
señalan hacia atrás.

Balbucean "insecto", sin urdir
una señal de su camino, y brota
una algazara de furiosos élitros
que ya son conocidos en la casa.

Pronuncia "mármol",
y sólo se le entiende
lo que se viene dando por sentado
y está muerto feliz
y bajo tierra.

Y aun es peor si avisan tus palabras
contra la clase que nos roba:
                entonces

un coro de remilgos
reclamará que te mantengas
con la boca cerrada:

porque tú eres
también un resto
        del pasado.

Sus huellas a mi lado

Hablar de mí supone
trazar el rastro del dolor
de sus esfuerzos.

No sé
redoblar con la luz de los paisajes
humanos en que vivo,

si no recorro las ausencias
que un día nos trenzaron su hermosura.

Si trato de mostrar cómo me alumbran
los pasos recorridos,

                los encuentro
detrás de mí, delante, alientan
sus huellas a mi lado.

Si ya lamento sin calor el último
recodo del camino,

no puedo dejar de sentir
que me acompañan.

De los poemas con que leo
los aires que sostienen
mi gozo o mi desdicha,

crece un temblor que me atraviesa.

No estoy solo
(parece)

en esta calle sin salida.

Desde su altura

Sobre qué puedes
escribir que tenga que ver contigo,

sobre qué que pudiera
servir a la esperanza.

Miras dentro de ti,

y lo que ves te habla
de lo que alienta al otro lado
del aire de tus dedos,

de quienes
sin saberte podrían
entender tus palabras.

Qué luz podría arder en lo que tratas
de indagar sobre ti,
                qué generosa
oscuridad:
            que así pudieran
valer como acicate para el sueño.

Tú respiras como los otros
seres humanos,

sufres
de la misma desdicha sin remedio,

gozas cuando te dejan

como lo hacen aquéllos que podrían
encontrar en tu voz un asidero,

o acaso el frío
de una trampa mortal.

Horada hasta ese hueso
sin sol en que se quema
la memoria que viven,

la herida que no puedes
curar detrás de ti.

Trata de hallar el ritmo que se oculta
en los trabajos que han hablado
con la semilla de sus hombros.

Escribe
de su destreza en el dolor

y ponle
sus huellas a tu pecho.

El filo del cristal

Lo que me duele aquí no es una
herida simulada,

no finjo su cuchillo
cuando la arrojo
tenaz sobre el papel
y ella crepita
como fogón quemado por el hielo.

Aquí yo pongo sangre roja,
                y bebo
del pulso que sostiene
mis brazos,

de su esperanza amarga bebo.

Si construyo la voz de una existencia
que no es la mía,

será porque es humano
forjarse un espejismo

de calor o de
                gozo;

humano sospechar,
en las caras que laten
en las bocas,
                diversas amarguras
acaso sin consuelo.

Soy
    yo
        mismo
                delante de esos
espejos fracturados:

el filo
del cristal corta

mis dedos.

Un poema es una cosa seria

Escribe con cuidado,

no sea que extravíes
el espesor de tus palabras,

el tono de la voz

o la lástima que precede
a la contracción del estómago.

Insiste en ese ritmo

hasta que tiemble
como una boca sometida.

Mira que debes
hacer crecer en cada verso

los huesos que ya no sostienen,

la mano que se queja de parálisis,

el agujero
que te hurga feroz en la mejilla

cada vez que recuerdas
la verdad de esta historia:

nada existe más serio que la muerte

por hambre.

Tú te enterarías

1
Si tratas de entender en vano
lo que pulsa más allá de la voz
con que aparentan estar vivos,

si miras al estrado en el que urden
sus artimañas y compruebas cómo
entierran su futuro en esa estéril
mortalidad de los esfuerzos,

si conoces el pasado y no puedes
hacerte ninguna ilusión
sobre tus propias ilusiones,

entonces,

de qué razón podrían animarse
estos poemas con que tratas
de resistir su aliento infructuoso,

con qué clase de esfuerzo
te sería posible
sufrir que ensucien las palabras
para ocultar el aire del delito,

cómo trafican con la sangre

y acopian
la fuerza de los muertos.

2
Si intentas comprender con qué tiniebla
vencen nuestro vigor,

si tratas de contarlo
sin maquillar ninguna herida,

te miran como a insecto que molesta,

te escuchan como a un roto
furor que perturbara sus disfraces
de cortesanos complacientes.

Si te callaras,

tal vez ningún agobio
podría darse cuenta del silencio
de tus puños caídos;

sin embargo,
tus ojos lo sabrían.

Y cómo ibas a poder

entonces

dejar de despreciarte.

II

LOS FILISTEOS JUEGAN CON FUEGO

"Lo peor no son las circunstancias sino
acostumbrarse a ellas."

Jorge Riechmann

Otro país

Si pudiera decir lo que sucede
estos días aciagos,

si pudiera
dar trazas de las luces invadidas
por el augurio de la muerte,

si no tuviera
la boca puesta en duda,

si me fuera posible
razonar,
limpiamente
conversar con vosotros
sin que su ley me desnucara,

sería un hombre libre yo,

y aun éste

otro país.

En la biblioteca

Tras la ventana juegan
como si todo lo que tuvieran que hacer
fuera este gasto de su fuerza,

esta entrega en los brazos de un tiempo
que se agota en su ruido.

No existe para ellos la tarde
próxima, la siguiente
mañana en que tendrán que despertarse
y hacer que su trabajo los sostenga.

Los veo en su derroche de sudor
desde esta sala en que los libros
extravían su pulso,
sin que haya unos ojos que sean
capaces de aprender de su memoria:

hubo en el mundo seres
humanos que vivieron
para lograr alguna humilde brizna

de luz, alguna voz de apoyo
que pudiera ayudarnos
a andar nuestro camino:

alguna vez los hubo.

Ahora, aquí, solo, contemplo
cómo juegan, cómo

su esfuerzo se derrama inservible
tras las ventanas de esta sala
en que los libros pierden su vigor
sin poder ellos mismos servir

para nada.

Si tú estás muerto

Mientras al otro lado
de la ventana
sigue creciendo el número
de los espectros,

y cada vez más bocas
se llenan de palabras
vacías de calor,

y las sombras se adueñan
                de las aulas,

tú gesticulas
sobre un papel en blanco

ciertos dolores
de corazón, acaso

cierta vulgar desesperanza.

Si tú estás muerto,
cómo

te atreves a exigir latidos

a los otros cadáveres.

soy leyenda

en memoria de Richard Matheson,
que supo ver lo que estaba ocurriendo.

Las noches se suceden
iguales todas. No consigo
dormir: ya casi

no me acuerdo de quién soy:
                nadie
pronuncia ya mi nombre
y a nadie puedo ya llamar hermano.

De dónde sacaría
la fuerza que lograra
salvarme de su muerte.

Me asomo
sin esperanza ya a las calles
donde se juntan:

los veo caminar, me miran
con sus ojos vacíos
de promesas, observo cómo
dibujan gestos con sus brazos,
cómo se empinan a empujones:

sé que no tienen sangre,
pero
se diría que están vivos,

y es sólo
el hueso lo que queda
debajo de la piel:

no dicen
ninguna brasa oculta sus mejillas.

Los veo que se acercan:
tal vez es ya la hora.

Sólo yo los estorbo,
último resto de mi especie:

solo en mi torpe pertinacia,
los asusta mi vida.

Vienen acaso a convertirme
en uno de los suyos:

del agujero de sus bocas ruge
una mudez de gritos.

Lo que es peor

Creías que lo peor
que podría
pasarnos era

sufrir hambre hasta
morir,
pero

te equivocaste:

los amos necesitan
nuestro latido,
sólo

deben lograr que no sepamos
que resulta forzoso que se extingan
si de verdad queremos

conseguir estar vivos:

intentan que se pudra

la voz que nos podría
levantar hasta el aire

para que no podamos
conocer
todos juntos

cómo nos envilecen.

Ciegan así la fuerza

que tenemos.

Que ya no existe

Ni siquiera de la luz
brota agua,

porque esta claridad
es una res
que se desangra hasta la
ceniza bajo la piedra
del funcionario.

En los ojos
el polvo perpetúa
la incomprensión.

Arrancado
el suelo,
la madera
de la raíz ya no
palpita:

el aire
boquea sobre ella sin

reconocer su cuerpo
presente.

Lo que creemos
beber es un espejismo
de donde
imaginamos la luz que

ya no existe.

Amarrarlo y que sufra

para mi hija Ana,
niña mínima recién nacida
29.3.1982

Si el ser humano fuera siempre níño mínimo,
no harían falta máquinas de guerra,
ni escuadrones de guardias a caballo:

bastaría una mano sólo,
un empuje pequeño

(cualquier hijo de perra
sería capaz con sus deditos),

para humillar su aliento,
torcer su débil fuerza,
amarrarlo y que sufra,

como todos sufrimos

bajo aquéllos que tienen el poder
de hacernos como niños.

Desconfía

Si quieres conseguir
lo que te hará ser
humano,
desconfía de quien te dé
todo lo que pidas;
desconfía de quienes te nieguen
lo que necesitas.

Si quieres lograr
alzarte hasta ser
libre con los demás
que te rodean,
desconfía de los seres
humanos que no te dejen
conseguir todo lo que ellos
dicen necesitar.

Los filisteos juegan con fuego

Sin que lo noten ellos
o alguno de los suyos,
vaciad muy poco
a poco sus cerebros,

hacedlos incapaces de pensar
en sí mismos y en sus
madres,
            cegadlos
a la dulce sensación de la vida
caminando a su vera:

después acabarán
con los escasos restos de razón
que dejasteis en ellos.

De esa forma podrán
hundirlo todo en sus escombros,

y a nosotros con ellos, y a

vosotros.

Que te delata

Caminas por las calles,
                notas
cierto pesar que crees
reconocer
        y fluye
desde ventanas clausuradas;

en los rostros marrones,

tal vez trucados por disfraces,

sospechas un dolor

                que te delata.

Episodio postmoderno

El asesino, virtual;
                las balas,
virtuales;
        la cabeza,
real
mente
destrozada.

Preguntas sobre las arañas

¿Tendrán también las arañas enfermedades
enviadas por un dios justiciero
que se venga de la afrenta de saberlas
ajenas a su ritmo?

¿Habrá,
en su dubitativo deambular por la pared,
algún tajo que les cercene
los ojos de las patas y las haga
caer hasta
enfermar de pesadumbre?

Al margen del zapato
que machaca sus tenues articulaciones
o del periódico que levemente
se ensangrienta con sus vísceras,

¿habrá alguna venganza
que las aceche desde el ojo sin
misericordia de la araña divina?

De una historia repetida

Camino con la vista
alzada por una avenida
con señales que indican, a derecha
e izquierda, hacia qué
posibles horizontes
podrían ir mis pasos.

Sigo la dirección que me parece
más provechosa para mí
y para quienes marchan
a mi lado.

Camino sin apenas
dudar sobre qué ruta
voy a elegir, qué decisiones
nos habrán de llevar a la mejor
utilidad de este sendero.

Avanzo, sin temor a lo que pueda
sobrevenir, por una calle
cortada.

Inocencia del deseo

para mi hija Ana,
que no aprende de mis errores

Cuando niño querías
que pasaran los años
para crecer y levantar tu frente
hasta la frente de tus padres.

Pensabas que en su altura
la claridad ardía, la razón
trazaba sus caminos,
y se podía ser feliz.

Has llegado hasta este desierto
que ocuparon,
                y recorrido
los espacios cegados
en que giraban sin remedio
cuando tú no sabías.

Te preguntas si una epidemia
de dolor ha quemado
el mundo que ellos construyeron,
o si éstos son los aires

que tú siempre quisiste respirar,
y entonces ignorabas
su mortal pestilencia.

Mejor habría sido
no dar con esa trocha,

porque ahora ya sabes

la realidad que puedes
esperar del deseo.

Qué decir de los seres humanos

para Cecilio Alonso

De los seres humanos qué podría
decir:

eligen siempre un chivo
expiatorio,
un cabeza
de turco,
un judío
cualquiera,
alguien
con un color distinto,

y escupen en su cara
la impotencia que sufren
frente al poder de aquellos

otros seres humanos

que los han expropiado del coraje,

abrumado con la ignorancia
de su pequeña necedad,

con el temor
                al día de mañana.

Qué podría afirmarse
de quienes no queremos
prender la luz que puede
levantarnos de la derrota:

la memoria de lo que fuimos
en el calor de la semilla,

el libre entendimiento
de lo que están vaciando de nosotros,

la voluntad de hacer surgir
el latido que podríamos
alzar fecundo desde el pecho.

Qué decir de
                mí mismo.

A duras penas

para María José

Cómo podrán las manos resistirse
a esta desdicha.

Con qué vigor de espíritu
podríamos alzar una pregunta
que no estuviera mancillada.

Sufrís bajo la luz diurna
en esta noche que nos ciega,

y es el amor quien acaso retiene
los restos insepultos
del hambre que tu-
viste.

Lo que queda de ti
se refugia en sus brazos,

pero tampoco en ellos puedes
olvidar la amargura
de este desánimo que nos desgarra
todas las velas,

que nos ha hendido el casco por la línea
de flotación.

Y, de esta forma,
salís los dos a caminar
sin ninguna esperanza:

navegas tú a la deriva,
y el agua que aún tratas de achicar
inunda ya tu fuerza.

Su voz, que te sostiene, como tú
has procurado hacer con ella,
hoy no es suficiente,

y alerta percibís el oleaje:

los enemigos flotan victoriosos

y aquéllos nuestros
que todavía quedan
a solas navegando

tiran el lastre por la borda
hasta casi quedar inútil
mente,

a punto ya de hundirse,
con el puro
corazón en la mano.

Volvéis a casa,
y allí juntos

tratáis de soportar el desaliento:

vaciados de disfraces,

resueltos en la sed de la memoria.

Y de esa forma resistimos
aún.

Pero hasta cuándo.

Un fantasma recorre Europa

"Una idea de la fraternidad que todavía
se oponía al despliegue funesto del Mal
absoluto."
Jorge Semprún

Han muerto tantos seres
humanos en su nombre,

tanto vigor pusieron
en la luz de sus voces
para poder alzar
sus esperanzas.

Y en esta hora
la senda de su esfuerzo
ha sido sepultada por el orden
de las nuevas mentiras.

Hablo de mí,

de mis propias desiertas ilusiones

cuando renuncio a compartir
su vida como farsa.

Nadie
lo hizo:

el mal latía
sólo en los ojos de los otros.

Todos ahora quieren
interpretar su historia
como un error impuesto
del que nunca supieron.

En nombre del coraje derrochado
no puedo ser su cómplice.

Quienes
            allí estuvieron
tienen la culpa de la sangre
perdida,
            del agobio
sin cura,
            del desánimo;

son responsables del terror,
de su parálisis,
                de su deseo
de poder.

            Quienes
allí
      trazaron sus esfuerzos

son también responsables
aquí

de su abandono
entonces
del amor necesario,

de las heridas que desgarran
al ser humano
ahora,

en este día en que le estamos
negando la esperanza.

Veintinueve

18 oct 95

Acabo de leer en el periódico

-entre otros ecos
sociales algo frívolos-

que ya son veintinueve
los que han muerto en
Asturias este año.

Diversos son los hombres y diversas
las mujeres,
y han convenido
muchas formas distintas
a sus muertes tempranas.

Recuerdo,
sobre la tierra hozada,

cadáveres tronchados por las vigas
de algún derrumbamiento,
trozos

de ser
humano entre los restos
de un estallido de grisú,

vagonetas que aplastan
sus esternones como barro
que deja de latir.

Ya
    no
        hay
            clases,
                asegura
el portavoz de los patronos.

Es,
    simple
            mente,
la estricta división
técnica del trabajo:

que unos son llamados
para morir,
            que otros para
continuar tirando todavía:

alguien debe quedar que avente
las trizas consumadas.

Cada cual tiene
lo que establece su contrato:

éstos el gas para la forma
de su muerte,

aquéllos
el buen mullido ambiente
para poder seguir su vigilancia
del beneficio.

Veinti-
nueve.

A veces,
ya que no nos descubren
la razón de sus vidas,

tan poco estimulantes,

ofrecen sus esquelas los periódicos:

acaso sin saber,

nos informan acerca
de cómo son las cosas
en España.

Nadie se da
por enterado.

Veinte años

20 nov 95

Miro este trecho que hemos
andado desde entonces:

veo
desánimo, ignorancia,
despotismo sin lustre,

y otra vez la desdicha de los pobres,

el poder del dinero
desposeyéndonos de luz.

Es una mala broma lo que veo.

Ardíamos contra él a vida
o muerte.

Recordábamos
cómo debía ser nuestro futuro:
libre y feraz y justo
y henchido de armonía.

Pero nada ha salido como hablaba
la esperanza encendida en nuestros pechos,

y hoy
su voz
aún
resuena en los oídos sin memoria
como una alzada lumbre
de abuelo paternal,

como un firme reducto
contra el miedo a los otros
que amenazan.

A quienes
hicimos responsables de la marcha
lejos de aquella oscuridad,

les pedirán las cuentas
las sombras de las hijas
que no tuvimos.

Sólo
serán reconocidos por la abulia
que urdieron,
por hacer

que el olvido cayera
sobre su herencia de dolor,

por el latido
muerto que somos.

No supimos verlo

Fue en el noventa y cinco.

Las cosas
habían ido empeorando,

y teníamos
la sensación de que no dejarían
de empeorar,

que las mejores mujeres y hombres
caerían también,

y los veríamos
encogerse en su sombra.

Queríamos pensar que pronto
nos iban a nacer seres humanos
ajenos al hedor de la codicia:

jamás dispuestos a ofrecerse
en las vitrinas del estéril

poder del poderoso:

ya nunca sometidos:

capaces de pensar razones libres:

dotados de un coraje
moral que nos alzara
de la desdicha.

Soñabamos entonces,

y pasó que los sueños
no sirvieron de nada.

En el noventa y cinco
no veíamos el final de aquella
oscuridad que nos pudría
la resistencia de los pasos
que aún nos empeñaban.

Luego pasaron derrumbes peores:

sabemos ya que aquellas amarguras
que padecimos fueron sólo
un leve atisbo del desierto
que vendría después.

noviembre 1994-marzo 1996